

# *La Maravillosa Aventura de las Colonizaciones*

Por Hernando Gaitán L.

La navegación y el comercio fenicios unieron la civilización oriental de Mesopotamia, Egipto y la India con el mundo occidental de griegos y romanos.

En una franja costera, cuya longitud aproximada es de 350 kilómetros, desde Balanaia el punto más septentrional hasta la embocadura del Mar-Zerca, el más meridional, cubriendo tierras hoy de Turquía, Siria, El Líbano e Israel, realizó su vida un pueblo de origen cananeo, veinticuatro siglos antes de la Era Cristiana. Fueron ellos quizá los únicos antiguos de sangre semítica que aventuraron en el mar y dominaron por mucho tiempo las aguas del Mediterráneo. Allí donde discurrió su existencia este pueblo industrial, del cual arrojan muy poca luz los monumentos e inscripciones descubiertos por los investigadores, crece una flora marítima semejante a la de España, Argel y Sicilia. En vez de prados, propios para cespel, predominan matas, cañas y plantas bulbosas, azucenas, tulipanes, jacintos, narcisos, azafrán y orquídeas, de magnificencia no igualada en abundancia y variedad. La hiedra, las rosas enredaderas, la pasionaria y la aristoloquia abrazan los matorrales por donde se abren los caminos. También ostenta su gracia el tamarisco, de virtud medicinal, y a trechos matorrales de plantas lauráceas y mirtáceas que orlan las orillas inferiores de sus ríos. Se muestran también la palmera datilera, objeto de intenso comercio, el olivo que crece silvestre, la vid y la higuera, citados en los libros sagrados. Y dominando, allá en lo alto, el sicomoro majestuoso, el cedro del Líbano, encinas y cipreses. Descendiendo un poco, en los jardines el granado, de fruto apetitoso y de flores hermosas.

Este país montañoso, impropio para la agricultura, se hallaba admirablemente ubicado para el comercio y para hacer de su pueblo una potencia naval. Cerca a la Alejandreta de hoy se hallaba en la antigüedad el pequeño puerto de Miriandos, su

punto más septentrional, según Heródoto, y cuyos habitantes cita Jenofonte en el Anábasis. Heraclea muy próxima, en el Golfo de Poseidón. Junto a la Latakia de hoy, sobre una pequeña eminencia cercana al mar, se alzaba la Laodicea de ayer, al pie de la cordillera de donde arrancan varios cabos. Descendiendo hacia el sur estaba Carnos, hoy Carnún, la ciudad con puertas. Muy cerca, Arados, centro de un estado que se extendía más lejos. Sobre lo que hoy es El Líbano estaba Tarabulus, el Trípoli actual, poco distante de Batrún. Era esta Tarabulus una ciudad triple: una de los tirios, otra de los sidonios y la tercera de los aradios. Vienen luego Tiro, fundada alrededor del año 2756 a. de J. C. y Sidón. La primera se conocía como "La Grande", por ser la más famosa de las ciudades fenicias. Por último, sin tener en cuenta otras localidades, Acra y Jaifa, que hoy forman parte de Israel.

Entre todos los pueblos civilizados de la antigüedad, merecen capítulo aparte los fenicios, pues supieron luchar con ardencia para mantener su independencia, al igual que los griegos, pero que en su accidentada vida la perdieron y la recobraron muchas veces. Son también quizá el primer pueblo que por la emigración y sus colonias y factorías en el extranjero, llegó a su completo desarrollo y poderío histórico. También su unidad de origen les confirió, como a los griegos, el derecho de existir por largo tiempo, en un mundo rapaz y belicoso, que vio nacer, crecer y convertirse en ruinas, imperios muy poderosos. Sobre ellos pasaron, en trágica sucesión, los feroces guerreros babilonios, los crueles asirios, los civilizados egipcios y las huestes invencibles de Alejandro y sus aliados griegos.

Aprendieron los fenicios mucho de los extranjeros. Su instinto y su espíritu de adaptación les procuró tal flexibilidad, que les permitió sortear con éxito momentos cruciales en la vida de oriente y les ahorró defectos, casi innatos, de la civilización propia y nacional.

Ernesto Renán, que investigó al frente de un equipo de sabios, por iniciativa de Napoleón III, los emplazamientos de la vieja Fenicia, la definió como una cadena de plazas marítimas con un poco de territorio anexo. Fueron industriales muy activos y sus diversos productos abastecían a los pueblos de las montañas, que a su turno les procuraban vino, aceite, maderas,

lana y ganado para los mataderos. Daban ocupación en sus muelles y arsenales y en los centros industriales de Tiro y de Sidón, donde el arte del teñido de telas y paños alcanzó el más alto nivel, a gentes procedentes de muy diversas regiones.

Al ser destruída la civilización de Creta, por fuerzas hasta hoy desconocidas, los fenicios heredaron la situación de esta nación y se consagraron como la principal potencia naval del Mediterráneo. Amigos y aliados del famoso rey Salomón, le prestaron su concurso marino, le construyeron una flota con maderas del Líbano y exploraron conjuntamente la costa oriental de Arabia. Su rivalidad comercial con los griegos los llevó a vincular su destino a los reyes de Persia. Concurrieron a todos los encuentros navales de estos dos pueblos y vieron cómo la estrella del Gran Rey comenzó a palidecer en Salamina.

Las naves fenicias transportaban a occidente los productos agrícolas de Egipto y Babilonia y llevaban hasta Saba, en Arabia, las mercancías del oriente de Africa y de la India. Su espíritu errátil y su dominio del mar les permitió cruzar hacia el sur el Océano Indico, doblar el Cabo de Buena Esperanza y proseguir rumbo al norte, costeano el Africa, hasta penetrar en el Mediterráneo por las Columnas de Hércules. Sus ágiles y seguras galeras extendieron la navegación hasta algunas regiones del Océano Atlántico y alcanzaron unas islas misteriosas que llamaron Casitérides. Allí instalaron sus factorías y el estañó empezó a fluir hacia los puertos fenicios.

El cobre, valioso elemento que animó el comercio y la industria fenicios, constituyó junto con la agricultura, el vínculo económico que vigorizó sus relaciones con el Egipto. Pero en materia industrial cabe observar, que muchos de los productos de vidrio, loza, y de otros materiales, que ellos dieron a conocer a los pueblos occidentales, procedían de algunas regiones conectadas por la red de factorías y establecimientos que eslabonaban su comercio. Sin embargo, en beneficio de la duda, conviene recordar la leyenda que existe en ese particular. Se refiere, que en una ocasión al tomar tierra navegantes fenicios en la desembocadura del río Belos, para gisar su comida, habiendo colocado debajo del caldero pedazos de nitro, observaron que éste se derretía formando con la arena una masa transparente. Aun cuando esta narración viene en apoyo de la iniciativa industrial

fenicia, si es evidente que los álcalis procedían de Egipto. En lo que sí no hay duda sobre su procedencia fenicia, son la preparación del color de púrpura y el arte de teñir con este color los paños y telas tan codiciados por el mundo antiguo. En efecto, un molusco gasterópodo, el múrice, de concha erizada de espinas y con un pie carnoso bajo el vientre, que es lo que le da su clasificación, y que se encuentra en abundancia en las playas del Mediterráneo, les procuraba su materia tintórea, debido a unas glándulas cuya mucosidad blanquecina aplicada a los tejidos y expuesta al sol, adquiere primero un color amarillento, que se vuelve luego azul o morado rojizo. A este propósito debemos también recordar la anécdota histórica sobre su descubrimiento. Sucede que un pastor en la época del segundo rey de Tiro, atravesaba acompañado de su perro, por entre los riscos de la costa, cuando el animal al querer morder la concha de un marisco medio enterrado entre las arenas y las piedras de la playa, tiñó su lengua y hocico con una sustancia de color rojo subido, que producía tal marisco. Maravillado, expuso a su rey el descubrimiento, el cual de inmediato se aplicó al teñido de los géneros de lana.

La colonización fenicia, orientada en varias direcciones, se inició en la isla de Chipre, cuyas riquezas minerales y la fertilidad de su campiña, abastecían no sólo las factorías instaladas en sus costas sino también a los ciudadanos de Tiro y Sidón. Con la colonización aplicada allí esta isla llegó a ser algo así como la "Magna Fenicia", testimonio vivo, por los valiosos elementos encontrados, del alto grado de civilización alcanzado por estos navegantes de origen cananeo. Luego prosiguió su expansión. Franqueando el estrecho de Gibraltar, se instalaron en España, fundaron a Gades, hoy Cádiz, y explotaron sus minas de plata. Prosiguiendo sus correrías marítimas, emprendieron la explotación de estaño, una vez que alcanzaron las islas Británicas. Mil años antes de Jesucristo fundaron donde hoy está emplazada Túnez, la egregia Cartago que monopolizó el comercio del Mediterráneo. Aquí, nuevamente, la leyenda embellece la historia. Se dice que la princesa Dido, huyendo de Tiro para escapar de un tutor ambicioso, arribó a este lugar acompañada de sus familiares, sirvientes y amigos, siendo recibida con cierta reserva por sus naturales, quienes accedieron por fin a que ocupasen el terreno que pudiera señalar una piel de buey. Pero Dido, valiéndose de una estratagema, cortó la piel en tiras muy finas y así pudo acotar una gran superficie, en la que fundó

la ciudad. Esta creció desmesuradamente para su tiempo, convirtiéndose en un emporio de riqueza mercantil, que se extendió por todo el mundo conocido, con instalaciones comerciales en el Norte de Africa y las islas del Mediterráneo, donde según un almirante cartaginés, “ningún romano podía siquiera lavarse las manos en sus aguas”.

De esta ciudad impresionante, que fundó un imperio sobre el mar, cabe decir que abarcó casi todos los campos que informan una civilización. A más de su potente comercio, cuya capacidad y volumen de transporte le permitió cubrir con sus flotas casi todo el mundo conocido en su tiempo, promoviendo el intercambio comercial de los productos de las diversas zonas, estimulando el desarrollo industrial, la explotación minera, la erección de templos, palacios y ciudades, le fue dada también la alternativa de convertir a sus hijos en los más hábiles explotadores del agro en el mundo de entonces. En Africa, la fecundidad del suelo maravillaba a los autores de esa época, que citan cifras impresionantes: 300 por 1 en Tripolitania, según Heródoto, sobre el rendimiento de los cereales. Pero fue el cultivo de los árboles frutales, el olivo, la viña y muchas otras especies, su especialidad principal. La belleza y frescura de sus higos sirvieron a la política de Catón el Viejo para lograr la destrucción de Cartago, perdonada después de la infausta batalla de Zama perdida por los cartagineses. Catón, alzando su brazo descarnado en el Senado Romano y abriendo su manto para que de él rodaran los prodigiosos higos que asombraban a todo el que los viera, repetía su incansable estribillo: “Delenda est Carthago”. Y Cartago fue destruido por los romanos, para ser reconstruida hacia comienzos del siglo I y brillar con vivo resplandor como capital del Africa romana hasta finalizar el siglo V, cuando culminó la decadencia de este gran imperio. Nada evoca mejor la agricultura púnica que el cuadro idílico trazado por Diodoro de Sicilia: “El país estaba dividido en huertos y vergeles de toda clase, cortado por numerosos arroyos y acequias que regaban las menores parcelas. Sin ninguna discontinuidad se veían magníficas casas de campo enjabelgadas y construidas con esmero. Por su aspecto denotaban la riqueza de sus propietarios... La tierra estaba cubierta de viñas, de olivos y de otros árboles frutales. A ambos lados de la llanura pastaban rebaños de bueyes y de ovejas. En las hondonadas se veían caballos. En resumen, en estos lugares, se revelaba una abundan-

cia de bienes de toda clase, y en ellos, los cartagineses más distinguidos se habían repartido la tierra, satisfaciendo, gracias a su fortuna, su amor voluptuoso por las cosas bellas”.

Pero detrás de este marco encantador trazado por Diodoro, los cartagineses como sus antepasados, despertaron con su espíritu falaz, codicioso, cruel y despótico, el odio y la antipatía de los demás pueblos de la antigüedad. Y su mala fe y su perfidia proverbial, llegaron a tanto, que con el tiempo se generalizó la costumbre de ponderar los actos de deslealtad, con la sabida expresión de “Fé Púnica”.

El oro y las especias, patrocinadores de descubrimientos, conquistas, colonizaciones, esclavitud y exterminio de pueblos.

Cuando se rescatan del pasado recuerdo de cosas oídas y leídas con la emoción ingenua de los días dorados de la infancia, desfilan nombres de personajes y lugares que se grabaron en la mente con esa expresión imaginativa, fantástica y ligera que ha sido siempre característica de la historiografía política. Así, dentro de ese marco iluminado, al ver pasar como sombras chinescas las imágenes que se forjaron entonces de Cristóbal Colón; Vasco de Gama; Enrique el Navegante; los Reyes Católicos y tantos audaces e intrépidos viajeros que deambularon por los mares en pos de la aventura, auspiciada por monarcas ansiosos de gloria y de riqueza, hábilmente acicateada y coloreada por aventureros que no daban tregua a su ambición de alcanzar fama, nombradía, honores y recompensas materiales, entran en acción la fantasía y la imaginación que despiertan los hechos heroicos; los nobles sacrificios, los padecimientos humanos y el retorno triunfal de los que coronaban su empresa. En contraste, algunos, tal vez muy pocos, sobreponiéndose a lo emocional y espiritual, aprecian serena y juiciosamente, el influjo económico de estos hechos.

En apoyo de su teoría, estos últimos suelen valerse de argumentos un tanto convincentes para sustentar su interpretación histórica del acontecer humano. Veamos a este propósito lo que nos ha transmitido el conde Haug von Zimmern, compañero de mesa del duque Enrique de Brunswick, en un banquete celebrado cuando la Dieta de Augsburgo y registrado por otro alemán, Paul Herrmann, en su apasionante libro sobre los primeros descubrimientos: “El duque Enrique tenía junto a él, sobre la mesa,

una larga papeleta que consultaba con frecuencia. El conde Haug está sentado en frente; extrañado de que el duque mirase tan a menudo la papeleta, al fin se atrevió a preguntarle. Entonces el duque le dejó ver el papel. Allí había anotado el jefe de Cocina, por orden, todas las comidas y platos. Y el duque Enrique podía regirse según ella en su comida, y reservarse para los mejores platos”.

He aquí, como una minuta de mesa de 1555, trae a nuestro conocimiento un hecho bastante interesante, cual es, el de que ya para ese entonces los nobles y también, como es obvio, los grandes burgueses, eran muy entendidos en gastronomía, y que ésta había evolucionado enormemente, si nos atenemos a los datos que sobre la dieta alimenticia de los europeos aportan los cronistas de la Alta Edad Media. Pero debemos añadir a este comentario que “El libro de los Buenos Platos”, publicado en 1844, nos induce a pensar cuáles podrían ser las consecuencias de estos banquetes para la digestión de los gastrónomos de la época, si nos remitimos a las especias e ingredientes que intervenían en la preparación de las exquisitas viandas que contiene esta obra: “Pimienta, jengibre, menta, cardamomo, galanga, nuez moscada, salvia, perejil, comino, azafrán, anís, almendras, clavos de especia, cebollas, etc.”.

Cuando anteriormente nos referimos a los grandes burgueses, equiparando su buena mesa con la de los señores nobles, no pretendimos excluir, en manera alguna, al pequeño burgués. Y ahora que entramos en contacto con esta clase, entre nosotros denominada media, resulta que esta consumía también enormes cantidades de especias, que desde luego constituían serio gravamen para su economía doméstica. Pero como si ésto fuera poco, también la medicina trabajaba a base de estos productos. Ahora bien. Si a su alto costo, por ser de inevitable importación, le vinculamos la acción arrasadora de los intermediarios, no debe causarnos sorpresa que en ese entonces, cuando el valor de la moneda no sufría aún con tanta intensidad los efectos inflacionarios y se mantenía a niveles muy elevados, 100 kilos de pimienta constituían en Marsella una inversión de 4.800 pesetas y en Londres hasta 8.000 de la misma moneda. Con la ocupación de Constantinopla por los turcos en 1453 y su posterior avance y conquista de Egipto en 1517, se cerraron las rutas del comercio con el oriente y cesó el flujo de las especias hacia

occidente. Este acontecimiento que venía a alterar el régimen de vida de los europeos, en uno de sus aspectos más vulnerables, como es el de su intenso sentimiento gastronómico, tuvo inevitablemente hondas repercusiones en un sistema económico basado en la Ruta del Mar Negro y en la Escala de Alejandría.

Para las gentes del siglo XV era de necesidad inaplazable el hallazgo de una ruta directa a las regiones del sur y del este. Había que hacer algo en este sentido para satisfacer la demanda apremiante de restablecer los nexos comerciales con las regiones del oriente. ¿Pero, cómo hallar esta ruta, si Abisinia, país cristiano, que pudiera ser una solución transitoria, se encontraba bloqueado por los árabes? Ante esta inquietante perspectiva debió pensarse en un camino por el norte o por el oeste de Africa para llegar hasta el reino cristiano del Preste Juan.

Aun cuando son muchos los comentaristas e historiadores que atribuyen a Colón gran responsabilidad en haber convertido el Africa en un vasto mercado de esclavos, por el mero hecho de ser el descubridor del Continente Americano, vale argumentar en su favor que más bien fueron las especias una de las causas principales de este tremendo insuceso para las gentes de color. Esto no descarta en manera alguna que otros productos y el nexo comercial indispensable entre Oriente y Occidente, pesaron activamente en el ánimo de los hombres de negocios de aquella época, para trasladar al Africa el campo de sus actividades mercantiles. Y puede ser bastante razonable esta consideración, porque los europeos al perder los mercados asiáticos, debían pensar forzosamente en el Continente de color, rico en marfil, esclavos, pimienta, ébano, y otro ingrediente muy codiciado, que se había ausentado de Europa por el uso inmoderado que de él hacían alquimistas, joyeros y artífices. Además, porque este ingrediente, el oro, y la plata del Antiguo Continente no se hallaron jamás en condiciones de compensar el déficit en la Balanza Comercial que implicaba el comercio con Oriente. Esto confirmó al oro tal valor y poder de cambio, casi sin precedentes, que su capacidad comercial se duplicó con relación al trigo, lo que influyó sobre el destino de campesinos, artesanos y jornaleros que debían efectuar cincuenta jornadas de trabajo para ganar una pieza de oro.

En procura de este noble metal, barcos expedicionarios de varios países se movilizaban infructuosamente, por mucho tiempo,

hacia diversas regiones donde se sospechaba la existencia de aquel. Uno de sus gestores, el Infante don Enrique el Navegante, pretendía no sólo el oro, sino también cerciorarse si había tierras en el Océano Occidental. Su constancia fue por fin premiada en 1432 cuando navíos portugueses alcanzaron las Azores, como lo habían hecho sus antecesores, los fenicios, 320 años antes de Jesucristo. Poco tiempo después, en 1434, intrépidos navegantes de este pequeño país pudieron doblar el temido Cabo Bojador en el Africa Occidental. Con ello se desvaneció la leyenda propalada por los comerciantes árabes de que al sur de este promontorio empezaban el "mar tenebroso" y el fin del mundo.

No había pues allí horribles monstruos marinos que los atrajesen al fondo de las aguas, ni un mar gelatinoso donde los barcos se quedarán pegados, como más tarde habría de decirse con los fucos y algas del Mar de los Sargazos, ni un sol tan ardiente que ennegreciera a los marineros con su sola presencia.

Transcurridos siete años, en 1441, los portugueses se adelantaron hasta Cabo Blanco y de allí obtuvieron los primeros hombres de color que se conocieron en Europa. Este sería, para este infortunado pueblo el comienzo de su inmensa tragedia. Mayor éxito alcanzaron los lusitanos en 1445 cuando descubrieron El Senegal, que los condujo hasta Cabo Verde en 1446. Finalmente, en 1447, avistaron Cantor y oyeron hablar de Timbuctú, la ciudad del oro del Africa, donde mercaderes de Fez, Túnez, el Cairo y otros puntos, negociaban libremente y sin competencia, gracias a la leyenda del "mar tenebroso", narrada en la tabernas de los grandes puertos.

Ya sabemos y huelgan comentarios, que a partir de estos hechos marítimos, tan sobresalientes, nació el Imperio Colonial Portugués, que sobrevivió hasta nuestros días. En 1492, Cristóbal Colón creyó haber encontrado por fin, navegando hacia el Occidente, el mundo maravilloso del Gran Kan y el misterioso Cipango. Murió este hombre genial con el convencimiento de haber sido el primero en encontrar la ruta tan buscada, no obstante que la calidad de las especias dejaba mucho que desear con relación a las que consumían los europeos, llegadas por la vieja ruta de Alejandría.